

se complica aún más con la existencia de una periodificación teleológica progresista como son las nociones de “Antigüedad”, “Feudalismo” y transición al “Capitalismo”, fórmulas presente en una serie de historiadores europeos y no europeos que no cuestionan esta tradición unilineal donde la trayectoria europea ha sido la única posible (Goody, 2006: 292). De este modo la lectura de esta valiosa obra intelectual se convierte, a la vez, en una obra introductoria a cualquier estudiante de la historia contemporánea. La invitación de Goody ya está hecha. Se trata de la reivindicación de otras temporalidades e historicidades propias de sociedades no europeas donde sus memorias resisten a ser víctimas del robo de la historia.

Hastings, Justin V.: *No man's land. Globalization, territory, and clandestine groups in Southeast Asia*, Ithaca, Cornell University Press, 2010, 256 pp.

Por Manuel Baraja Escudero
(Universidad de Cádiz)

Son varias las obras que, desde hace algunos años, analizan cuáles son los supuestos objetivos y motivaciones de distintos grupos que operan a nivel internacional y que, por mor de sus actividades, deben mantenerse en la clandestinidad, pero son pocas las veces en las que se ha estudiado *cómo* realizan esas operaciones en su día a día y por *dónde* circulan y *con qué* medios cuentan para ello. Es decir: explicar lo que podríamos calificar como “la vida cotidiana” de organizaciones que viven al otro lado de la ley.

Es precisamente dar respuesta a esta cuestión lo que el profesor Hastings persigue en su obra, y lo hace investigando sobre cuatro actores diferenciados que se mueven en un mismo espacio geográfico: el sudeste asiático, zona elegida por intereses personales del autor, pero también por el contraste que en sí misma que supone desde el punto geográfico y político.

El peso de lo político va a ser primordial. Las organizaciones estudiadas, que presentan un verdadero carácter transnacional, precisan para operar de todas las ventajas que la globalización les ofrece en términos de comunicaciones y transporte, pero todo, especialmente en lo que se refiere a la logística, pasa por el empleo de grandes nodos e infraestructuras controlados por los gobiernos en los que las medidas de seguridad juegan en su contra. Debido a ello, el

hecho que más determinará su manera de actuar será el grado de hostilidad que tenga hacia ellos el país en el que se encuentren, de ahí que unas veces puedan hacer uso de rutas legítimas, mucho más rápidas y económicas, mientras que, en otras, tengan que evitarlas, debiendo invertir numerosos recursos, lo que les perjudica hasta el punto que quizá no les compense actuar en el país en cuestión y tengan que trasladarse a otro. En definitiva, las políticas implementadas por los gobiernos sobre el territorio van a determinar el modo en el que esos grupos pueden actuar.

La actitud de los países varía con el paso del tiempo, siendo bastante más permisivos en principio con aquellos grupos que no representan, por sus objetivos, una amenaza directa sobre ellos, caso del movimiento independentista de Aceh, cuyos miembros, pese a las peticiones de Indonesia, se movían con libertad por Malasia y Singapur. Algo similar pasaba con respecto al grupo terrorista Jemaah Islamiyah, hasta que el nivel de alarma internacional suscitado a raíz de sus acciones fue dificultando cada vez la impunidad de la que hasta ese momento disfrutaban.

El grueso de la obra se dedica a hacer un resumen de la historia de los cuatro actores que se proponen como ejemplo de las relaciones entre esas organizaciones y el territorio, por lo que también resulta válida para aquellos que quieran aproximarse a la historia de dichos grupos.

El primero de ellos es Jemaah Islamiyah, que representa a los grupos terroristas islámicos que operan en la zona. Como comentamos unas líneas más arriba, comenzó siendo tolerada por la mayoría de los estados, que la veían como un grupo más de los que defendían los valores del Islam contra Occidente. Eso le permitió expandirse por la mayoría de los países de la zona y crear una infraestructura básica o compartir de los otros grupúsculos más pequeños lo que, tras unos años, le permitirá llevar a cabo sus primeros ataques terroristas importantes.

Es precisamente a partir de ese momento cuando el autor identifica el inicio de las dificultades que provocarán su decadencia, pues todas las facilidades que tenían desaparecen en el momento en el que los gobiernos comienzan a perseguirlos, con lo cual puede decirse que el éxito de las acciones de la organización fue el inicio de su propio final, y que el primero, en

buena parte, se debía a las enormes facilidades de las que disfrutaba para llevar a cabo sus planes.

De sus transacciones y movimientos habituales encontramos detallada información en cuando a las localizaciones en las que estos se producían, materiales transportados e incluso las cantidades de los mismos, lo que demuestra lo concienzudo de la investigación del autor.

Mucho más localizado territorialmente se encuentra el movimiento independentista Gerakan Aceh Merdeka, que fuera de Indonesia se movía con entera libertad, puesto que sus objetivos, muy localizados, no eran percibidos como una amenaza, de ahí que sus miembros pudieran recibir entrenamiento en Libia, Pakistán o Afganistán y que sus líderes pudieran estar a salvo en Suecia, desde donde dirigían las operaciones. Las comunicaciones, gracias a la tecnología, no eran un problema, pero hacer llegar el material necesario, principalmente armamento, hasta el punto en el que éste era necesario, sí lo era. Para ello, obviamente, el uso de rutas clandestinas era prácticamente obligatorio, causando este hecho una vulnerabilidad casi crónica en la organización, en virtud de los recursos y esfuerzos que eso consumía, aparte de depender en gran medida del clima político en Malasia y Tailandia, los dos países vecinos que constituían la etapa inmediatamente previa a Aceh, y en los que se concentraban muchos de sus partidarios, inmigrantes en muchos casos ilegales, que proporcionaban apoyo, recursos y militantes.

Al resto de actores se les dedica menos páginas, ya que sus actividades quizás son menos relevantes a nivel mediático, aunque son los que actúan con mayor asiduidad, con una presencia casi constante, como son los piratas y los contrabandistas. Son estos últimos los que mejor uso hacen la topografía, adaptándose continuamente a la respuesta de los gobiernos de los países en los que operan.

La corrupción se convierte también en protagonista, puesto que todos los grupos tratan de aprovechar al máximo las debilidades de administradores o miembros de las fuerzas de seguridad para actuar impunemente u obtener información que les ayude a la consecución de sus fines y, además, prácticamente tanto mercancías como personas tienen que pasar en algún momento por algún punto que esté controlado de forma legal. Una de las personas

entrevistadas por el autor, que ocupa un puesto de responsabilidad en la policía, ofrece una curiosa información, cuya verosimilitud habría que poner en cuarentena, ya que asegura que muchas veces la lucha contra la corrupción es contraproducente, pues al no disponer de esos ingresos extras, no tienen más remedio que trabajar con los exiguos presupuestos con los que generalmente cuentan, con lo que su capacidad operativa se reduce. Cuesta trabajo creer que el dinero obtenido por vías fraudulentas se dedique a combatir precisamente a aquellos que lo proporcionan.

La falta de coordinación existente entre los países de la zona es, según el autor, una de las principales razones por las que no termina de atajarse la actividad de todas estas organizaciones. La mayoría de ellos hace la vista gorda en tanto en cuanto no se vea afectado de manera directa y negativa por la acción de esos grupos. Esto provoca que cuando finalmente los gobiernos se deciden a actuar, sea bastante más complicado erradicarlos, puesto que tienen una estructura muy asentada y una fuerte red de apoyo local.

Es de destacar lo acertado de la división en capítulos y apartados de extensión breve, lo que permite rápidamente acceder al contenido que interese en cada momento, teniendo cada uno de los actores su capítulo y, dentro de estos, los hechos se exponen de forma secuencial.

Quizás puedan encontrarse dos carencias de relativa importancia en la obra que, sin afectar a su utilidad y calidad, sí que podrían haber ayudado a facilitar la comprensión. La primera de ellas es que, a pesar de que el autor propone que para llegar a una completa comprensión de los fenómenos descritos es necesario interrelacionar factores territoriales y no territoriales, se aprecia una clara descompensación hacia los segundos, y es que, aunque a lo largo de todo el libro se hace hincapié en que los movimientos de esos grupos se ven condicionados por la geografía, en ningún momento se ofrece una descripción física del territorio, más allá de ciertos comentarios puntuales.

La segunda sería la inclusión de un glosario, pues son numerosos los nombres tanto de personas como de términos en lengua indonesia que aparecen y, en ocasiones, es complicado recordar la definición o el papel de cada uno, obligando la lectura de ciertos párrafos, como el expuesto a continuación extraído de la página

81, a volver atrás buscando a lo que se hace referencia: “That same month, Nasir Abas and Abu Dujana visited Abu Rusdan and Zulkarnaen at Abu Rusdan’s home in Java to update them on the progress made by Mantiqi III in incorporating JI’s central Sulawesi cell into the wakalah structure”.

En definitiva, una obra que cumple su objetivo de analizar por un lado los objetivos globales de las principales organizaciones clandestinas que operan en el sudeste asiático, acercándose también al nivel local donde tienen lugar la aplicación práctica de lo que puede decidirse a miles de kilómetros de distancia, ya que la globalización permite disociar totalmente el centro de toma de decisiones con la base territorial donde se actúa.

Las mejoras en transportes y comunicaciones facilitan la actividad de grupos terroristas y similares, pero siguen siendo vulnerables, ya que la capacidad de los gobiernos también se ha incrementado y siguen teniendo el control de los grandes nodos por los que todos y todo tienen que pasar. Si existiera voluntad política de colaboración entre los distintos países, la capacidad de las organizaciones ilegales se vería mermada de forma notable pero, desgraciadamente, los intereses son otros muy distintos.

Hoddie, Mathew y Hartzell, Caroline A. (eds.): *Strengthening Peace in Post-Civil War States: Transforming Spoilers into Stakeholders*. Chicago, University of Chicago Press, 2010, 246 pp.

Por Javier Lion Bustillo
(UNED, Sevilla)

El final de la Guerra Fría trajo consigo grandes esperanzas en lo relativo a lograr una resolución pacífica de los abundantes conflictos civiles existentes. De hecho, el despliegue de numerosas misiones de paz a cargo de tropas internacionales venía a atestiguar esta esperanza, considerando que su presencia serviría para impedir que los posibles estallidos de violencia desembocaran en un retorno a las hostilidades. No obstante, ese exceso de optimismo condujo (sobre todo tras los problemas en Bosnia) a llevar a cabo una labor de estudio de las estrategias de resolución de conflictos y de construcción de la paz, de manera que las mismas pudieran permitir que la comunidad internacional pudiera lograr en esos desafíos

unos resultados más positivos. El libro que es aquí analizado, editado por Mathew Hoddie y Caroline Hartzell, se compone de un conjunto de estudios de distintos autores que buscan hacer una contribución en este terreno.

Los procesos de paz fracasan porque una o varias de las partes implicadas optan por retornar a la violencia. Ello se puede deber a distintos factores: porque algunos de los actores involucrados en el conflicto temen que sus rivales sigan suponiendo una amenaza; porque se ven perjudicados en sus propios intereses; o porque hay importantes sectores de la sociedad civil que no colaboran en el proceso de paz ante la percepción de que el mismo no les aporta beneficios significativos. Todas estas situaciones conducirían a algunos actores (calificados a veces como *spoilers* o saboteadores) a retornar a la violencia con vistas a frenar, transformar o hacer descarrilar un proceso de paz que no es satisfactorio para ellos.

La reacción tradicional ante este problema ha sido la de confiar en la acción de las fuerzas de mantenimiento de la paz, las cuales deberían crear la necesaria disuasión que evitaría el recurso a la violencia. Pero en la práctica se ha demostrado que esa acción resulta insuficiente, por lo que sería necesaria una visión más amplia. De hecho, los autores del libro consideran que existirían dos dimensiones que resultan clave para el éxito de los procesos de paz, como son las instituciones y la denominada *soft intervention*, a las cuales dedican el conjunto de los artículos que componen el libro.

El problema de las instituciones resulta crucial, ya que en situaciones de conflicto civil éstas tienden a desaparecer o a verse reducidas a la impotencia, perdiendo además su legitimidad. La comunidad internacional ha tratado de promover que en estos contextos de posguerra se diera paso a la democratización, estableciéndose la celebración de elecciones como la referencia que mostraba que se estaba alcanzando una verdadera paz. El problema es que, en distintas ocasiones, dichas elecciones han conducido a nuevas explosiones de violencia, por lo que algunos autores han puesto en duda la conveniencia de las mismas, al menos en el corto o medio plazo. En su artículo, David Lake considera que esa temprana celebración de elecciones constituye un error, siendo aconsejable la creación de instituciones que aporten seguridad y orden, más que representatividad política, ya que esa seguridad